

JUVENTUD Y GENERACIONES EN UN PUEBLO RURAL EN URUGUAY

LUISINA CASTELLI RODRÍGUEZ¹

INTRODUCCIÓN

El presente artículo tiene por protagonistas a las y los pobladores de Gallinal, una localidad de 700 habitantes en el Departamento de Paysandú (Uruguay)². El pueblo, inaugurado en 1990, se construyó con sucesivas obras del Movimiento para Erradicar la Vivienda Insalubre del Trabajador Rural [MEVIR]³ y fue pensado para abastecer de fuerza de trabajo a la agroindustria citrícola, pujante desde los años setenta y desde los noventa en adelante a la forestal. La situación desde algunos años a esta parte es distinta a la de los momentos fundacionales, cuando los hijos eran niños o aún no habían nacido. Hoy, la descendencia de las generaciones que construyeron el pueblo tienen edades

1 Docente-investigadora del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay. Magíster en Ciencias Antropológicas opción Antropología por la misma institución. Correo electrónico: castelliluisina@gmail.com

2 El estudio recibió financiamiento del Programa de Iniciación a la Investigación de la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República (CSIC-UdelaR) y adquirió continuidad con una beca de la Comisión Académica de Posgrados (CAP-UdelaR). De allí surge la tesis "Juventudes rurales y virajes generacionales. Etnografiando Pueblo Gallinal" defendida en 2017 para obtener el título de Maestría en Ciencias Humanas, opción Antropología de la Región de la Cuenca del Plata en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

3 MEVIR es una persona pública de derecho privado, es decir, una institución privada que maneja fondos proporcionados por el Estado destinados a una política de vivienda específica. Surge en 1967 -Ley de Presupuesto Nacional N°13.640-, con el cometido de mejorar las condiciones habitacionales de la población rural en general, si bien su nombre alude a un particular: el trabajador rural.

que van desde los años de la adolescencia a los de la transición a la adultez, entre los 25 y 30 años aproximadamente. Con este escenario y en base a un estudio etnográfico, se explorarán las percepciones y prácticas de y sobre la juventud, tomando como eje de reflexión la dimensión generacional y las –posibles– conexiones entre reproducción social e intercambios generacionales.

Lo generacional tiene en Uruguay matices específicos con relación a su conformación sociodemográfica. La actual pirámide poblacional da cuenta de un creciente “sobreenvjecimiento” y de una “feminización de la vejez”, estructura que responde a una transición demográfica que si bien, es acorde a la tendencia mundial, en Uruguay se dio tempranamente entre fines del siglo XIX y comienzos del XX (BRUNET Y MÁRQUEZ, 2016). De forma consecuente la población infantil y joven ha descendido proporcionalmente en dicho trayecto histórico. Asimismo, se estima que la crisis del modelo económico de los años sesenta y la dictadura militar durante los setenta y parte de los ochenta impulsaron una inmigración internacional sin precedentes, acentuando un desequilibrio entre los distintos grupos de edad que permanece vigente (CALVO *et al.*, 2014).

Mención específica merece la población juvenil que vive en el medio rural. La juventud rural es en sí mismo un fenómeno socio-histórico y las y los jóvenes rurales son sujetos sociales relativamente recientes en el tiempo. La invención de la juventud rural está asociada al desarrollo del capitalismo industrial, específicamente a las transformaciones estructurales del espacio agrario impulsadas por el crecimiento urbano e industrial de los países del “primer mundo”, cuando promediaba el siglo XIX. En América Latina ésta aparece algunas décadas más tarde, acompañando el modelo de modernización de la agricultura (BEVILAQUA, 2009) y en la actualidad no puede pensarse disociada de la llamada la “nueva ruralidad” (GIARRACCA *et al.*, 2001; KAY, 2009). Aquí los sujetos juveniles aparecen como agentes protagónicos (GONZÁLEZ, 2003), ya sea identificados como mano de

obra barata para las cadenas agroindustriales o como “agentes clave para el desarrollo”.

Para el caso uruguayo, los antecedentes muestran que cuanto más tradicional es el contexto rural, menor es el nivel educativo de la población juvenil y sus niveles de actividad laboral en estos espacios son mayores que en contextos rurales urbanizados (CAGGIANI, 2004). Asimismo, el desarrollo agroindustrial modificó las actividades y las relaciones laborales, pero ha dado continuidad a la segmentación del trabajo por sexos; los varones continúan introduciéndose al mercado laboral realizando actividades agrarias tradicionales, pero también es una población rápidamente captada por las empresas agro-exportadoras, como la industria cítrica, forestal y de hortalizas (Romero, 2008a, 2008b, 2012); mientras las mujeres solo son empleadas en algunos ámbitos de la fase industrial (por ejemplo en el *packing*) habitualmente localizado en las ciudades, como muestra Rodríguez (2014) justamente para el caso de la agroindustria cítrica en Paysandú. En esta línea de reflexión también se ha detectado que en tanto los varones se sienten compelidos a dar continuidad al emprendimiento productivo familiar, replicando de cierta forma la vivencia paterna, las mujeres se encuentran más proclives a continuar con sus trayectorias educativas, diferenciándose así de la vivencia materna (GALLO, MOLINARIO Y OSORIO, 2011).

ALGUNAS PRECISIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

Al tratar de comprender las juventudes desde una perspectiva generacional, estamos poniendo énfasis en su carácter relacional (BOURDIEU, 1990); mientras que al mostrar a través de la etnografía las formas de vida y los universos simbólicos que existen en múltiples sitios, establecemos diálogos concretos entre lo teórico y lo empírico. Es por esta razón que tanto el concepto de juventud como el de generación solo cobran sentido al ser puestos en perspectiva al terreno etnográfico, evitando caer en un uso homogeneizante de las categorías (INFANTINO, 2013). El enfoque etnográfico habilitó dimensionar a Gallinal como un

terreno de investigación (AMANTE, 2015), es decir, un proceso a través del cual un espacio cualquiera, quizás desconocido o muchas veces transitado, deviene lugar antropológico. “Etnografiar” Gallinal implicó ir al pueblo durante un año, entre mayo de 2014 y mayo de 2015, realizar entrevistas sobre trayectorias de vida con adultos y jóvenes, participar en un taller con estudiantes de secundaria, realizar observaciones en distintos sitios del pueblo como el centro educativo, el Centro MEC⁴, la comisaría, los almacenes, la cancha de deportes, las calles, los recorridos en ómnibus entre el pueblo y la ciudad y mantener sucesivas conversaciones informales con las personas que iba conociendo.

Retomando el planteo de Wolansky (2013), en Gallinal la distinción entre el “universo de lo juvenil” del “universo de la adultez” está fuertemente mediado por la edad en tanto rasgo diacrítico; el ingreso al mercado de trabajo, la permanencia o abandono de los estudios, incluso el acceso a una vivienda, se estructuran en función de rangos de edad, pero también están atravesados por el género y la situación vital de cada sujeto (por ejemplo, si tiene hijos o si está en pareja). También es importante observar que las edades que hoy se encuentran normalizadas para ocupar las distintas posiciones sociales no son las mismas que las de décadas atrás. En este artículo intentaremos ver de qué manera Pueblo Gallinal constituye un caso en el que confluyen formas de producción modernas y tramas sociales que mantienen componentes tradicionales en sus imaginarios y moralidades. En tanto interesa mostrar cómo se configuran las posiciones sociales de adultos y jóvenes, y qué tensiones o consensos se establecen entre ellos con relación al trayecto histórico del pueblo,

4 El pueblo tiene una fuerte presencia de instituciones estatales, entre las que sobresalen las educativas. El Centro de Atención a la Infancia y la Familia (CAIF) –política estatal destinada a la primera infancia-, inaugurado en 2009, recibe a los bebés y niños de 0 a 3 años. Al Centro Educativo Integrado (CEI) concurren los que cursan primaria y ciclo básico. En 2014 reunía aproximadamente a 153 estudiantes, de los cuales 100 eran escolares y 53 liceales. “Centros MEC” es una política cultural estatal que se inicia en 2007 y llega a Gallinal en 2008. Es una red de espacios del Ministerio de Educación y Cultura (MEC) que, en sociedad con gobiernos locales ofrece diversas actividades culturales, formativas y de participación ciudadana, con énfasis en el uso de nuevas tecnologías.

recurriré a lo largo del texto a la expresión “viraje generacional” para argumentar que se produce una síntesis entre continuidad y cambio, que cobra expresión en relaciones, prácticas y discursos concretos. Si bien virar implica modificar un rumbo (no lineal o preestablecido, vale aclarar), también supone al contrario de una ruptura, el nexo con un entramado social, colectivo, territorial e históricamente situado.

LA FUNDACIÓN DE UN PUEBLO Y LA ORGANIZACIÓN DE LAS POSICIONES GENERACIONALES

Pueblo Gallinal narra una historia atravesada por discursos y prácticas en torno al trabajo, en consonancia con el imaginario y las conceptualizaciones dominantes sobre el medio rural que lo mantienen sujeto a su dimensión productiva (PIÑEIRO Y CARDEILLAC, 2014). Como exceso o ausencia, como aprendizaje o cambio, como norma institucional o costumbre, “trabajo” es un núcleo simbólico y práctico presente en la sensibilidad de todos sus habitantes; se trata de un valor y una práctica estructurante del lugar y su gente. Con la categoría familia sucede de modo similar⁵. La sensibilidad por lo familiar aparece, por ejemplo, en la preocupación de los primeros habitantes por contar con un centro educativo, pues permitiría reunir en un mismo espacio los hogares y la institución educativa, lo que generaba desplazamientos importantes en las relaciones familiares, como permanecer viviendo juntos padres, madres e hijos. Esta situación previamente había cobrado otra organización, dado que, a causa del ingreso de las mujeres como asalariadas en el medio rural, algunos matrimonios dejaban sus hijos con familiares que vivían en lugares cercanos durante los días de trabajo, y se reunían con ellos los fines de semana.

5 El modo en que Bourdieu conceptualiza a la familia, como “un principio de construcción de la realidad social (...) que nos ha sido inculcado a través de un trabajo de socialización operado en un universo que estaba, en sí mismo, organizado según la división en familias” (BOURDIEU, 1997, p. 129), también es aplicable, en este caso, al trabajo, por la centralidad que tiene en la vida social del pueblo.

Las viviendas que conforman el pueblo son el resultado de sucesivos planes de viviendas de MEVIR, cuatro en total hasta ahora (inaugurados en 1990, 1995, 1996 y 2009), en base al sistema de ayuda mutua. El terreno donde se construye Gallinal forma parte de las tierras adquiridas por la empresa Azucitrus (empresa agroexportadora de cítricos de Paysandú) para el desarrollo de sus plantaciones de citrus; esa era la función que originalmente se proyectó para dicho lugar.

“El proyecto era bastante ambicioso, eran dos mil hectáreas de cultivo, cosa que en el país no existía como unidad productiva, entonces requería una infraestructura, técnicas avanzadas de riego, viveros y con el correr de los años iba a requerir gente, tanto para tender el cultivo como para la cosecha” (Roberto, jefe de personal de Azucitrus, Paysandú, 23/02/2015).

Como relata Roberto, las estimaciones de crecimiento de la citricultura hicieron ver la necesidad de disponer de mano de obra próxima a las plantaciones, y así cobra fuerza la idea de fundar un pueblo. Varias de las familias jóvenes que fundan el pueblo y que vivían en la zona ya estaban trabajando en Azucitrus y encontraron aquí la posibilidad de obtener una vivienda propia, con perspectivas de trabajo estable. Así, Gallinal adquiere una impronta de “lo laboral” y “lo familiar” particular y significativa.

La forestación prosperó en la primera década del 2000, cuando el pueblo ya estaba en pie y adquirió un impulso más notorio en años recientes, como parte de un crecimiento generalizado en distintas partes del país (CARÁMBULA Y PIÑEIRO, 2006). El desarrollo de la forestal agudizó la tónica industrial y tecnológica que se plasmó en los campos de la zona. Montes de eucaliptos crecieron con celeridad, integrándose a la cadencia estética de las plantaciones de citrus.

Trabajo y familia constituyen una dupla de valores y prácticas que sintetiza la sensibilidad generalizada de esos inicios y que toma una dinámica de reciprocidad: se trabaja “para la familia” y su reproducción hace a la necesidad del trabajo. Esta dupla produce una matriz moral desde la cual los pobladores

fundacionales actúan y valoran su vida y la de otros (sus padres, sus hijos, los trabajadores zafrales). Es una matriz heredada de las generaciones anteriores pero que se exagera en el contexto de emergencia agroindustrial, que privilegia la productividad. Desde ese lugar los adultos piensan y se relacionan con los jóvenes. La correspondencia entre acumulación del capital y familia nuclear tradicional (léase: grupo social signado por la norma heterosexual y la división del trabajo por sexo) marca este lugar, como ya lo ha señalado con lucidez Silvia Federici (2013) para otros contextos.

JÓVENES COMO ESTUDIANTES

Mientras son estudiantes, las y los jóvenes tienen un lugar asignado en el engranaje cotidiano. Desde la conformación de Gallinal casi no quedaron períodos sin cobertura de las instituciones educativas pues la escuela se inaugura en 1991, poco tiempo después que las primeras viviendas y el ciclo básico liceal en 1996, permitiendo la continuidad en el lugar para las y los niños y adolescentes que terminaban la escuela. Solo los niños más grandes, que ya estaban finalizando la escuela cuando se crea el pueblo, si continuaron el liceo lo tuvieron que hacer en otro lugar, o hubo algún caso en el que comenzaron más tarde en el pueblo. Eran momentos iniciáticos, donde se redefinían recorridos y espacialidades. Por estos años, al generarse las condiciones de posibilidad para seguir a la primera etapa de secundaria, se afianzaron los sentidos en torno a la continuidad de lo educativo como un objetivo a seguir. Convertirse en estudiantes dejaba de ser un privilegio para alguno de los integrantes del núcleo familiar, pasando a ser el "deber ser" de las y los jóvenes y la responsabilidad de los adultos.

Este momento ha de encuadrarse en el proceso de universalización de la educación obligatoria en Uruguay. Veamos rápidamente sus etapas. La Constitución de 1967 (Artículo 70) introdujo la obligatoriedad de la enseñanza media, agraria o industrial, elevando la apuesta de la Constitución de 1952 que definía a la enseñanza primaria como único tramo obligatorio (DE ARMAS

Y RETAMOSO, 2010, p. 13). En 1973 se estableció que la “educación será obligatoria, común y general, en el primer nivel para la escolar o primaria y en el segundo nivel hasta tres años mínimos de la educación secundaria básica” (Ley N°14.101). Así, en la Constitución como en la ley, hacia fines de los sesenta y comienzos de los setenta, la obligatoriedad de la enseñanza media ya estaba instalada, si bien se trata de un debate que viene de los años cincuenta. Con la aprobación de la Ley General de Educación (N° 18.437) en 2008, se concluye el proceso germinal de la Constitución de 1967 y la Ley de 1973 (DE ARMAS Y RETAMOSO, 2010), pues la obligatoriedad alcanza la educación media superior.

Los mojoneros normativos que encontramos en el terreno educativo –como en el del trabajo, aspecto que profundizaremos luego–, se configuran en una relación de dependencia con el discurso transnacional de los Derechos Humanos, muestra de lo cual es la incorporación de distintos instrumentos internacionales, entre ellos la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989, ratificada por el Estado uruguayo en 1990. Lo que toma el aspecto de un giro civilizatorio no deja de ser, al mismo tiempo, un modelo de regulación de los Estados-nación y, en su expresión más concreta de las identidades y vidas de las personas; en palabras de Segato (2007), se trata de una política de las identidades globalizadas.

En el caso de Gallinal, parte de esta secuencia normativa cristaliza en la creación del Centro Educativo Integrado que reúne en un mismo espacio a la escuela y el ciclo básico liceal, pero la obligatoriedad del bachillerato no es percibida todavía como una imposición sino, como se mencionó, como un “deber ser” o moralidad que va permeando de manera paulatina la sensibilidad colectiva.

La “elección” de continuar estudiando encuentra impulso en la regulación de otros campos, como el laboral, al impedir que las y los jóvenes ingresen al mercado de trabajo en el medio rural antes de los 18 años. La articulación entre estos campos no puede ser comprendida sin sopesar además las experiencias y

valoraciones hacia el trabajo y el estudio de las generaciones precedentes y las estrategias que adoptan las empresas agroindustriales dominantes en la zona; estas calan simultáneamente en los vínculos interpersonales y en la dinámica socio-territorial del pueblo. En la conjunción de estos elementos múltiples, podemos ubicar un viraje generacional o yendo al terreno de las narrativas y memorias, una "bifurcación del tiempo", como propone Guigou (2010), pues en buena medida los padres de estos jóvenes no tuvieron estudios secundarios y, si recibieron esa instrucción, fue en general alejado de sus localidades de residencia. La propia creación del pueblo generó, como vimos, desplazamientos en los arreglos familiares y las relaciones de género, con lo que una agitación silenciosa en las relaciones primarias ya se venía cristalizando.

En la experiencia de las generaciones precedentes, al no existir el ciclo básico rural, había que irse a la ciudad a comenzar el liceo o a la escuela agraria con apenas doce o trece años. Así, aunque las y los muchachos estuvieran lo suficientemente disciplinados para trabajar, al haber aprendido en el seno familiar o incluso empleándose en tareas del medio rural, aún se los consideraba chicos para emprender la hazaña educativa. Este sentido de vulnerabilidad de las y los jóvenes en la ciudad persiste entre quienes habiendo cursado ciclo básico en Gallinal, continúan bachillerato en Paysandú. Allí se desdoblán trayectos múltiples: hay quienes se van y siguen en relación a las instituciones educativas, otros que no, hay quienes retornan, e incluso quienes se vuelven a ir.

Hay distintos elementos en juego: por un lado, la creciente valoración hacia lo educativo; por otro, el peso gravitante del sentido de conformar una familia. Si bien no son excluyentes, el primero va en la línea de ampliar la "moratoria social" y el segundo es considerado un indicador de "transición a la adultez". Al respecto se ha mostrado que la continuación de las trayectorias educativas, suele retardar la edad de tener hijos (FILARDO, 2011). Con todo, "seguir estudiando" es una aspiración y una práctica presente.

A su vez, las implicancias de las distintas posiciones de género no son menores, ellas otorgan a varones y mujeres diferentes responsabilidades e involucramientos en lo que hace a conformar una familia, y en lo que tiene que ver con forjarse como trabajadores/as o estudiantes. Si algo reflejan los relatos de las y los jóvenes de Gallinal –como se ejemplifica a continuación con el caso de Ignacio–, es que la linealidad de las trayectorias es, como propuso Bourdieu (1989), una “ilusión biográfica”⁶. Integrante de una familia de varios hermanos y con jefatura de la madre, Ignacio recuerda que al comenzar el liceo era un estudiante “desprolijo”. No había quien lo apoyara en la tarea y pronto repitió, pero no abandonó. En ese transcurso no solo estudió, sino que también trabajó de manera informal con un vecino que tenía colmenas, para aportar un ingreso más a la precaria economía de su hogar, a pesar de identificarse más como estudiante antes que como trabajador. Con esfuerzo pudo terminar ciclo básico y decidió entonces migrar hacia la capital departamental para hacer el bachillerato, pero a pesar de sentirse maduro no logró sostener la independencia fuera del núcleo familiar y regresó al pueblo. Sobre ese momento recuerda:

(...) me iba bien, pero empecé a extrañar, a extrañar, a extrañar...es algo que todavía no logro convencerme de cómo pude dejar de estudiar, cómo me pudo haber pasado eso (...) Extrañaba la realidad en que vivía, extrañaba mi entorno, me cambiaron de hábitat, no logré inculcar la ciudad en mí, adaptarme a lo que yo estaba acostumbrado” (Ignacio, Pueblo Gallinal, 26/08/2014).

Al retornar a Gallinal volvió a trabajar en las colmenas, y al cumplir dieciocho años accedió a un trabajo formal en una empresa citrícola. Cuando nos conocimos, Ignacio ya se había ido y vuelto del pueblo en más de una ocasión, alternando iniciativas de estudio y de trabajo o desarrollando ambas al mismo tiempo.

6 Para Bourdieu el concepto de “historia de vida” nos conduce a falsas precisiones metodológicas pues produce una ilusión biográfica, es decir que lleva a tomar “la noción de trayectoria como la serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en devenir y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu, 1989, p. 31).

Su caso, como el de otros jóvenes, muestra que los trayectos vitales no solo están mediados por las normas institucionales, sino que también intervienen las moralidades y las emociones.

La continuación de las trayectorias educativas no solo es un dilema entre las y los jóvenes sino también entre los adultos, pues en su juventud, al revés que en la actualidad, lo normal era ser trabajador antes que estudiante. Entre las y los jóvenes de hoy, tener la posibilidad de completar ciclo básico de secundaria en el pueblo, coloca la expectativa de continuar hacia el bachillerato y, aún más, hay quienes imaginan alcanzar una carrera terciaria. Al mismo tiempo que se legitima un sentido de valoración hacia lo educativo, otros dos desplazamientos tienen lugar: por un lado cobra fuerza la idea de que con trayectorias educativas más extensas se puede acceder a mejores puestos de trabajo a los que existen en el pueblo (los escalafones más bajos en la citricultura y la forestación), lo que por transitividad alimenta la expectativa de radicarse en la ciudad; y, por otro, cambios en la estructura normativa del trabajo rural, que incorpora los 18 años como edad mínima para emplearse en “trabajos peligrosos”, ponen en jaque al trabajo en tanto principal *locus* significante y traza una línea divisoria entre los que acceden a este mercado y los que no.

LIMINALIDAD Y TRANSICIÓN A LA ADULTEZ

Como venimos viendo, al igual que el estudio, el trabajo ocupa en los intercambios generacionales un lugar controversial y parte de este conflicto responde a un aspecto decisivo entre adultos y jóvenes: la edad para ingresar al mercado de trabajo. Si bien la normativa que establece los 15 años como la edad mínima para el primer empleo y los 18 años para trabajos peligrosos datan de 1953 y 1934 respectivamente, no es hasta 2006 que se introduce en el listado de “trabajos peligrosos” a la agricultura, la forestación y la ganadería⁷. A partir de entonces en Gallinal

⁷ En Uruguay la regulación de las edades en las que se puede acceder a distintos trabajos ha estado históricamente asociada a la normativa de organismos como la

se introducen cambios en las relaciones laborales y, así, en las prácticas y sentidos generacionales. Las actividades que fueron la fuente de trabajo de los adultos cuando eran jóvenes, están hoy vedadas para las nuevas generaciones. En la “coyuntura de estructura” (SAHLINS, 1997) que se presenta en el pueblo, esta cuestión involucra a todos desde distintos ángulos, por lo que podríamos llamarlo “drama generacional”.

Pero no solo este viraje ocasiona tensiones en las moralidades, sino también sus consecuencias: en el período comprendido entre la finalización del ciclo básico y la edad mínima para ingresar al mercado de trabajo, la población juvenil entre 15 y 18 años está excluida de dos de las principales actividades que rigen la vida del pueblo: el estudio y el trabajo. Los pobladores de Gallinal viven en carne propia este dilema, que los ha llevado a bregar por un retorno a las ruralidades de antaño. Genoveva, una señora que está entre las fundadoras del pueblo me repetía con preocupación: “ahora está todo cambiado”. Antes no era así de notoria la presencia polifacética y tutelar del Estado en el

Organización Internacional del Trabajo (OIT). En 1934 el Ministerio de Protección a la Infancia aprobó el primer Código del Niño, donde se prohibía el trabajo en establecimientos industriales a menores de 14 años, y a menores de 12 en la ganadería y agricultura. En 1933 Uruguay ratificó los tres Convenios de la OIT que establecían los 14 años como la edad mínima para trabajar en el rubro marítimo, industrial y agrícola. En 1950 se prohibió el trabajo nocturno de menores de 21 años en actividades insalubres (Ley N°11.577) y en 1953 se homologaron los Convenios 59 y 60 de la OIT, que elevaban a 15 años la edad mínima de trabajo (Ley 12.030). En el año 2000 se crea el Comité Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil, en 2001 el Estado ratifica el Convenio 182 de la OIT, que obliga a erradicar con la mayor celeridad posible las peores formas de trabajo infantil, y en 2004 se aprueba el Código de la Niñez y la Adolescencia (Ley N° 17.823), que actualiza el Código del Niño de 1934. Éste confiere al por entonces Instituto Nacional del Menor (INAME, actual Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay [INAU]) la competencia exclusiva para habilitar de forma excepcional el trabajo de los adolescentes mayores de 13 años (art. 165), y establece un régimen regulatorio especial de la jornada laboral para todos los menores de 18 años (arts. 169 y 170). En 2006 el INAU elabora un listado de las tareas consideradas “trabajo peligroso” (Resolución 1012/006 del Directorio de INAU), en 2013 se aprueba la Ley de Empleo Juvenil (N°19.133) y su decreto reglamentario en 2015. La actual ley no incorpora modificaciones en lo relativo a las edades, sino que establece una serie de medidas de promoción y regulación del empleo de los sectores público y privado.

campo, tampoco había cadenas agroindustriales extendiéndose por hectáreas y hectáreas.

La ampliación de derechos de las y los jóvenes ha dejado sus ba-ches en el medio rural, pues aunque se establezcan precisiones en la normativa sobre este ámbito, no dejan de ser marcos entre cuyas fisuras se deslizan realidades. De modo que se protege, y eso hay que mencionarlo, pero no se tratan con suficiente detenimiento otros efectos que estas medidas generan; aquí es donde apreciamos ese tratamiento superficial de las diferencias, al que aludía Segato (2007) al hablar de una política de las identidades globalizadas. En este caso la puntual combinatoria entre normativa y empresas de gran porte, establece una base de inevitable producción de desigualdad inter e intrageneracional, al trazar un límite para acceder al eje organizador de los tiempos y de la vida en el pueblo: el trabajo. A su vez, la marcada presencia de estas empresas deja un ínfimo margen para la emergencia de prácticas informales, que aparecen, pero de forma minoritaria.

La desigualdad se traduce en alteridad: las y los jóvenes que “se quedaron” en el pueblo, y todavía no tienen edad para trabajar en la naranja o la forestación, encarnan a otros jóvenes: los que quedan por fuera del engranaje productivo e institucional-educativo cotidiano. Esta alteridad se configura sobre todo (pero no exclusivamente) en relación a los varones, puesto que las muchachas son rápidamente involucradas en lo doméstico. Al habitar una temporalidad distinta a la dominante, se refuerza en estos jóvenes la idea de que están suspendidos en el tiempo: ya no son los jóvenes estudiantes, pero todavía no pueden ser trabajadores. Si no se puede hacer lo que se indica que los jóvenes deben hacer -estudiar- y si no se accede a lo que indica que los adultos han de hacer -trabajar-, entonces ¿qué se es? ¿En qué posición se está?

Como los teóricos de los ritos de paso han mostrado, en algunos momentos y circunstancias de la vida no se ocupa una posición social definida, sino que se está en una posición liminal (VAN GENNEP, 2008). Lo liminal es un tiempo de suspensión de los

individuos en circunstancias puntuales como puede ser, dice van Gennep, el noviazgo, la iniciación o el embarazo, es decir un tiempo necesario, más o menos extenso y en el contexto de convenciones sociales y normativas específicas, que al concluir modifica el estatus de quien lo ha vivido. En el caso de Gallinal, cuando las y los jóvenes cumplen 18 años están habilitados a ingresar al mismo mercado de trabajo que los adultos. Sin embargo, una vez que obtienen un empleo se encuentran nuevamente en un ámbito generacionalmente regulado, donde los más viejos ocupan los cargos de mayor rango y los más jóvenes los puestos más precarios. El pasaje a la adultez o, mejor dicho, el ritual por el cual las y los jóvenes se convierten en adultos, no ocurre de manera abrupta -como la regulación estatal del mercado de trabajo hace parecer- sino que implica negociaciones morales, distintas experiencias a lo largo del tiempo y en relación a otros sujetos donde la edad es un elemento importante pero no del todo definitorio. En este sentido retomo el planteo de Turner (1994) para quien el ritual es transformador, razón por la cual no puede ser entendido como un estado, sino como una transición. Lo liminal, dice el autor, "está lleno de potencia y potencialidad" (Ibid, 1979, p. 466), y es una condición ambigua, pues no se es ni una cosa ni la otra, o quizás se es ambas (Ibid, 1994, p. 7).

Los jóvenes de Gallinal que están excluidos del sistema educativo y del mercado laboral son para el resto de los pobladores, inclasificables en términos de posición social. La ambigüedad que supone lo liminal se refleja en el discurso adulto en un tono de incertidumbre y preocupación, que tiende a perpetuarse en el tiempo; temen que su transformación devenga una alteridad mayor, que "hagan cualquier cosa" o que "se echen a perder" como me dijeron Inés y Jorge, otros dos habitantes adultos de Gallinal.

La potencialidad de este período provoca inquietud por su extensión, pero sobre todo porque no hay un acuerdo o consenso acerca de cómo han de comportarse durante su transcurso.

Otras particularidades adicionan complejidad y acentúan esta idea esbozada por Turner (1994) de que aún en una etapa de “suspensión”, acontecen cambios. Por un lado, su experiencia no es común a todos los jóvenes del pueblo, sino solo a algunos y constituyen de hecho una minoría. En este sentido, el discurso adulto tiene el efecto de construir y en algún sentido sobre-dimensionar el fenómeno. Por otro, no conforma una temporalidad inquebrantable por completo: en su transcurso pueden devenir distintos escenarios, como que consigan algún trabajo informal temporario, si bien es excepcional (los varones en tareas fuera de la casa y las mujeres en actividades domésticas), o migren a la ciudad, como mostraba el caso de Ignacio. En esta línea, interesa subrayar que hay atributos de la adultez que no se adquieren por el hecho de atravesar el tiempo y los límites pautados por la normativa y las instituciones, sino que para incorporarse al sujeto requieren otro devenir. El ejemplo más claro quizás sea el ejercicio de la autoridad, práctica que implica un proceso paulatino, vinculado a la acumulación de experiencia y poder. Es así que en la “transición a la adultez” -o en términos de Turner, la transición liminal- se superponen y relacionan distintas temporalidades y formas de organización del poder, unas dadas por las instituciones, otras configuradas por los vínculos, prácticas y percepciones sociales. En suma, el espacio/tiempo liminal toma límites menos nítidos y evanescentes que aquellos pautados por los instrumentos estatales.

Estos elementos permiten considerar, siguiendo otra vez a Turner (1979), que en este escenario lo que se expresa no es tanto un rito liminal, al modo en que lo define Van Gennep (2008), sino de otro tipo, que el autor llama “liminoide”. En sus palabras, los ritos liminoides:

“no son cíclicos sino intermitentes, con frecuencia generados en tiempos y lugares dedicados al ocio. El fenómeno liminoide, a diferencia del fenómeno liminal, tiende a desarrollarse aparte de los procesos políticos y económicos, a lo largo de los márgenes, en los intersticios, en las interfaces de las instituciones centrales y de servicios -ellos son plurales, fragmentarios (...) y con frecuencia experimentales en su carácter” (Ibid, p. 492, traducción propia).

Creo que este caso reúne elementos de ambas conceptualizaciones. Presenta condiciones normativas/institucionales que lo demarcan (la salida del sistema educativo y la habilitación de ingreso al campo laboral), pero en su transcurso práctico emergen acontecimientos que lo tornan intermitente (el trabajo informal y doméstico), o que lo extiendan en el tiempo (la adquisición de elementos como la autoridad). El punto radica en el enfoque que tomamos para definir un rito de pasaje, es decir si lo entendemos en términos de suspensión (VAN GENNEP, 2008) o de transición (Turner, 1979, 1994). La suspensión implica la permanencia del estado del sujeto, cuya posición se modificará al culminar este lapso; mientras que el “pasaje” supone transcurrir y transformarse en un espacio/tiempo. Aquí privilegio la idea de una transición, en el entendido que visibiliza el agenciamiento de los sujetos jóvenes durante ese período en tanto la perspectiva de suspensión armoniza mejor con una mirada desde afuera, es decir desde el mundo adulto. Es decir, articulo ambas categorías en lugar de colocarlas como enfoques excluyentes.

Es interesante observar cómo los terrenos etnográficos (AMANTE, 2015) nos revelan al mismo tiempo la utilidad de las categorías y la dificultad de tomarlas como herramientas estancas. Cada realidad y cada mirada dentro de esa realidad, aporta elementos explicativos que hacen a lo heteróclito del conjunto, lo que no inhibe la construcción de propuestas teóricas, pero sí reclama explicitar de su lugar de enunciación.

Turner también encuentra -retomando el planteo de Mary Douglas (1973) acerca de que lo socialmente poco claro, tiende a considerarse ritualmente sucio-, que la persona en estado liminal suele percibirse como contaminante por parte de otros que, sin embargo, también fueron iniciados en ese mismo estado (Ibid, p. 7). En tanto sujetos “contaminantes” es en ellos sobre quienes recae el estigma, y esto guarda relación con que no pertenecen a un estado definido, pues lo indefinido despierta temor. Así, aunque la transformación alberga potencialidad, como decía Turner, mientras se encuentran “fuera de juego” son percibidos a través de las ideas de lo peligroso y sucio. Pero también son categorías

que los jóvenes se apropian y llevan a la práctica, resignificando y performativizando el mote que les es colocado. En este sentido, ser joven y más específicamente ocupar una posición indefinida, quiere decir para ellos atreverse a desafiar las normas y vivir sus propios riesgos (Uriarte, 2015), aunque bien más tarde retomen las prácticas “esperadas” o incluso aunque en sus discursos acuerden con las moralidades de los adultos; de ahí que devenir adulto supone, no tanto (o no solo) estar normativa e institucionalmente contemplados, sino tener comportamientos menos osados, funcionales a lo establecido.

REFLEXIONES FINALES

Hemos conocido, *grosso modo*, el escenario de Pueblo Gallinal y su gente, en el contexto rural del Uruguay contemporáneo. Nos hemos interesado por los vínculos entre adultos y jóvenes, en un lugar cuya particularidad es que surge para proveer de fuerza de trabajo a las agroindustrias de la citricultura primero y de la forestación después. La experiencia de devenir adulto ha mudado distintos aspectos de un tiempo a esta parte, tiempo, como vimos, signado por la imprecisión -pero marcado, no obstante, por mojones normativos- donde los relatos se elaboran recurriendo a la referencia discursiva del antes por oposición al ahora.

Pero ¿cuál es el límite entre el antes y ahora, de una generación a la otra o entre ser joven o adulto? ¿Qué pauta de la transición entre ambos momentos? Estamos otra vez en el terreno de lo liminoide y de las temporalidades, en tanto incorporación subjetiva y compartida del tiempo. La referencia a distintas temporalidades sin límites precisos (antes/ahora), es parte de la construcción de las narrativas de la memoria de cada generación, pero las normas institucionales, en cambio, establecen marcos menos laxos. La experiencia de un tiempo pasado es el capital que acumulan las generaciones adultas, mientras que la acción diferenciadora en el tiempo presente, es el de los jóvenes; así se configuran continuidades y cambios de forma simultánea. Por eso, las generaciones no entablan un vínculo de confrontación

irremediable, producen en su lugar síntesis que se construyen en la vida en colectivo. Adultos y jóvenes no en todo piensan distinto, pero a pesar de eso son sujetos diferentes, y son, además, grupos que albergan heterogeneidad interna: no hay un o una joven, o un o una adulto/a. Existen también pautas de diferenciación que no las producen ellos, sino que les son impuestas en su contexto de vida, como en este caso la regulación de los campos educativo y laboral.

La juventud no termina al finalizar el ciclo básico, allí apenas está comenzando. Lo que sí termina es un período de “moratoria social” compartida para las y los jóvenes que residen en el pueblo. La salida del ciclo básico da paso a una etapa diferente que puede tomar básicamente dos rumbos. Uno es el de continuar estudiando en la capital departamental (Paysandú), iniciando de este modo una fase híbrida entre la protección familiar e institucional y la emancipación. El otro rumbo, menos valorado por cierto, es el de permanecer en el pueblo, “esperando” la edad de trabajar. Asimismo, la juventud se revela heteróclita, densa en sus expresiones prácticas y discursivas y fuertemente atravesada por las construcciones de género. La “coyuntura de estructura” al decir de Sahlins (1997), conduce con mayor frecuencia que en tiempos pasados a migrar a la ciudad a los jóvenes, pero las trayectorias no siguen un recorrido preestablecido; en cambio, adoptan experiencias diversas, donde las y los jóvenes se van, pero también retornan, pueden emplearse temporariamente de manera informal, volver a irse, y así sucesivamente.

Lo explorado intenta ilustrar cómo se sostiene el lazo intergeneracional, al tiempo que se transforman las posiciones generacionales de la mano de los cambios económicos y productivos en lo rural; estos cambios revelan una conexión estrecha con el “proceso civilizatorio” que supone la acumulación normativa de organismos internacionales (aquí enfocamos en lo educativo y laboral), no siempre pensado (o, simplemente, no pensado) en función de las especificidades del mundo rural.

Los cambios o virajes generacionales que abordamos no suponen ruptura, en el sentido de borrar tajantemente los valores y pautas del pasado, se trata, más bien, de acontecimientos que definen temporalidades “que provienen y se alimentan de más y más fragmentaciones” (GUIGOU, 2011, p. 165). Las generaciones más viejas rememoran y ponen en perspectiva su experiencia para estimar los escenarios del presente, en tanto las generaciones más jóvenes construyen sus significados al vivenciar de primera mano los movimientos institucionales de los últimos tiempos. Nuevamente, en palabras de Sahlins (1997, p. 135) “la cultura funciona como una síntesis de la estabilidad y el cambio, el pasado y el presente, la diacronía y la sincronía”; así, las generaciones y sus puentes, en tanto construcciones y expresiones socio-culturales, pueden entenderse, en última instancia, como síntesis situada de los cambios y las permanencias.

REFERENCIAS BIBLIGRÁFICAS

- AMANTE, María de Fátima. "A escolha do terreno: ruralidade, familiaridade e reflexividade na construção dos terrenos etnográficos", **Análise Social**, nro.217, pp.810-829, 2015.
- BEVILAQUA, Joel. "Juventud rural: una invención del capitalismo industrial", **Estudios Sociológicos**, vol. XXVII, nro.80, El Colegio de México, pp. 619-653, 2009.
- BOURDIEU, Pierre. "La ilusión biográfica", **Historia y fuente oral**, nro.2, Memoria y Biografía, pp.27-33, 1989.
- _____. "La Juventud No es Más que una Palabra". In: **Sociología y Cultura**, México, Grijalbo, 1990, pp. 119 – 12.
- _____. **Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción**. Barcelona: Anagrama, 1997.
- BRUNET, Nicolás y MÁRQUEZ, Clara. **Envejecimiento y personas mayores en Uruguay**. Atlas sociodemográfico y de la desigualdad en Uruguay, Fascículo 7, Montevideo: INE, FCS, FCEA, MIDES, OPP, UNFPA, 2016.
- CAGGIANI, María. **Heterogeneidad en la condición juvenil rural: aportes para una definición sociológica de la juventud rural**. Tesis Maestría en Sociología, FCS, UdelaR, Montevideo, 2004.
- CALVO, Juan (coord.), ARAYA, Federico, CRISTAR, Cecilia, FERRER, Mariana, MELGAR, Mariana, PANDOLFI, Jimena, SOTO, Santiago, VARGAS, Ximena, VILLAMIL, Lucía. **Jóvenes en Uruguay: demografía, educación, mercado laboral y emancipación**. Atlas sociodemográfico y de la desigualdad en Uruguay, Fascículo 4, Montevideo: INE, FCS, FCEA, MIDES, OPP, UNFPA, 2014.
- CARÁMBULA, Matías y PIÑEIRO, Diego. "La forestación en Uruguay: cambio demográfico y empleo en tres localidades", **Agrociencia** vol. X, nro. 2, pp.63-73, 2006.
- DE ARMAS, Gustavo y RETAMOSO, Alejandro. **La universalización de la educación media en Uruguay. Tendencias, asignaturas pendientes y retos a futuro**. Montevideo: UNICEF Uruguay, 2010.
- FEDERICI, Silvia. **Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas**. Madrid: Traficantes de sueños, 2013.
- GALLO, Alejandra; MOLINARO, Karina y OSORIO, Natalia. "Modelos heredados: continuidades y rupturas en proyectos laborales y profesionales de jóvenes rurales", **Mirada Joven**, nro.1, Montevideo: INJU, pp.87-104, 2011.

- GIARRACCA, Norma (comp.). **¿Una nueva ruralidad en América Latina?**, Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- GONZÁLEZ, Yanko. "Juventud rural. Trayectorias teóricas y dilemas identitarios", **Nueva Antropología**, vol. XIX, nro. 63, México: Asociación Nueva Antropología A.C., pp.153-175, 2003.
- GUIGOU, Nicolás. **Religión y producción del otro: mitologías, memorias y narrativas en la construcción identitaria de las corrientes inmigratorias rusas en Uruguay**. Montevideo: Lúcida Ediciones, FC, Udelar, MEC, 2011.
-
- _____ "La bifurcación del tiempo en una historia hecha pedazos. Vladimir Roslik y Basilio Lubkov: los héroes y el tiempo de la muerte", **Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay**, DAS, FHCE, Montevideo: Nordan-Comunidad, pp. 45-59, 2010.
- INFANTINO, Julieta. "La cuestión generacional desde el abordaje etnográfico: jóvenes artistas circenses en Buenos Aires", **Última década**, nro.39, pp. 87-113, 2013.
- KAY, Cristóbal. "Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina", **Iconos, Revista de Ciencias Sociales**, nro.29, Quito, pp.31-50, 2007.
- PIÑEIRO, Diego y CARDEILLAC, Joaquín. "Población rural en Uruguay: aportes para su conceptualización", **Revista de Ciencias Sociales**, vol. 27, nro. 34, pp. 53-70, 2014.
- RODRÍGUEZ, Lorena. **Entre la inclusión y el olvido: la cuestión de género en el trabajo asalariado rural: el caso de la citricultura uruguaya**. Tesis para obtener el título de Maestría en Desarrollo Territorial Rural, FLACSO Ecuador, 2014.
- ROMERO, Juan. "Distribución territorial de las ocupaciones de los jóvenes rurales en el Uruguay", **Revista Argentina de Sociología**, año 6, nro. II, Consejo de Profesionales en Sociología, pp.192-216, 2008a.
-
- _____ "La juventud rural: el caso uruguayo". In: Marta Chiappe, Matías Carámbula y Emilio Fernández (comps.) **El campo uruguayo: una mirada desde la sociología rural**. Montevideo: FAgro, Udelar, 2008b, pp. 259-275.
-
- _____ "Población ocupada juvenil en el mercado de trabajo rural uruguayo, década 2000", **Ánfora**, Vol. 19, N°33, Colombia: Universidad Autónoma de Manizales, pp.143-161, 2012.
- SAHLINS, Marshall. **Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia**. Barcelona: Gedisa, 1997.

SEGATO, Rita. **La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad.** Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

TURNER, Victor. "Betwixt and between: the liminal period in rites of passage". In: Louise Carus Mahdi, Steven Foster y Meredith Little (eds.), **Betwixt and between. Patterns of masculine and feminine initiation.** Illinois: Open Court Publishing, 1994/1964. pp.3-19.

"Frame, flow and reflection: ritual and drama as public liminality", **Japanese Journal of Religious Studies**, vol.6, nro.4, pp.465-499, 1979.

URIARTE, Pilar. **Perigoso é não correr perigo. Experiências de viajantes clandestinos em navios de carga no Atlântico Sul.** Alemania: Novas Edições Acadêmicas, 2015.

VAN GENNEP, Arnold. **Los ritos de paso.** Madrid: Alianza Editorial, 2008.

WOLANSKY, Sonnia. "Jóvenes innovadores" y "viejos ex ENTel". La relación entre edad y política en un ámbito laboral. En: Borobia, R; Kropff, L. y Núñez, P. (comps.), **Juventud y política: más allá de la sorpresa. Sensibilidades y formaciones contemporáneas.** Buenos Aires: No-veduc, pp. 117-141, 2013.

RESUMEN

Basado en un estudio etnográfico en Pueblo Gallinal, una localidad rural en Uruguay, el artículo propone comprender las percepciones y discursos sobre la juventud desde las distintas posiciones generacionales. Se exploran las conexiones posibles entre reproducción social e intercambios generacionales, donde hay prácticas y discursos que se modifican y, a la vez, representaciones y moralidades que se reproducen en el trayecto histórico del pueblo. El artículo busca, en última instancia, pensar cómo cada posición generacional encarna una síntesis cultural de la continuidad y el cambio.

Palabras clave: Juventudes, Ruralidad, Generaciones, Uruguay.

RESUMO | JUVENTUDE E GERAÇÕES EM UM POVO RURAL NO URUGUAI

Baseado num estudo etnográfico em Pueblo Gallinal, uma localidade rural em Uruguai, o artigo propõe compreender as percepções e discursos sobre a juventude desde as diferentes posições geracionais. Exploram-se as conexões possíveis entre reprodução social e intercâmbios geracionais, onde há práticas e discursos que se modificam e, ao mesmo tempo, representações e moralidades que se reproduzem no trajeto histórico do povo. O artigo procura, em última instância, pensar como cada posição geracional encarna uma síntese cultural da continuidade e a mudança.

Palavras-chave: Juventudes, Ruralidade, Gerações, Uruguai.

ABSTRACT | YOUTH AND GENERATIONS IN A RURAL TOWN
IN URUGUAY

Based on an ethnographic research in Pueblo Gallinal, a rural town in Uruguay, the article proposes to understand the perceptions and discourses about youth from different generational positions. The possible connections between social reproduction and generational exchanges are explored, where there are practices and discourses that are modified and, at the same time, representations and moralities that are reproduced in the historical journey of the town. The article seeks, ultimately, to think how each generational position embodies a cultural synthesis of continuity and change.

Keywords: Youths, Rurality, Generations, Uruguay.

